

CAPÍTULO XIX.

LOS CELOS DEL CARDENAL.

Entretanto el cardenal había visto sucederse tres noches bien diferentes de las que su imaginación hacía revivir sin cesar.

No tenía la menor noticia de nadie, ninguna esperanza de una visita. Este silencio mortal después de la agitación de la pasión, era la obscuridad de un subterráneo después de la alegre luz del sol.

El cardenal se había mecido al principio en la esperanza de que su amante, mujer antes de ser reina, querría conocer la naturaleza del amor que le profesaban, y si ella agradaba después de la prueba lo mismo que antes: sentimiento enteramente masculino, cuya materialidad se convirtió en un arma de dos filos que hirió muy dolorosamente al cardenal cuando se volvió contra él.

En efecto, no viendo venir nada, y no oyendo sino el silencio, como dice M. Delille, temió el desventurado que aquella prueba le hubiese sido desfavorable á él mismo. De

ahí nació para él una angustia, inquietud de que no puede formar idea el que no haya sufrido esas neuralgias generales que hacen de cada fibra que va á dar al cerebro una serpiente de fuego que se retuerce y estira por su propia voluntad.

Este malestar se hizo insoportable al cardenal, y envió diez veces en medio día un correo á casa de madama de La Motte, y otras diez veces á Versalles.

El décimo correo le trajo por último á Juana, la cual estaba vigilando en Versalles á Charny y la reina, y se felicitaba interiormente de aquella impaciencia del cardenal, á la que esperaba deber muy pronto el buen éxito de su empresa.

El cardenal, al verla, exclamó con viveza:

— ¡Cómo! ¿vos vivís tan tranquila? ¿vos sabéis que estoy en un suplicio, y diciéndoos mi amiga, dejáis que este suplicio llegue á la muerte?

— Monseñor, replicó Juana, tened paciencia, si os place. Lo que yo hacía en Versalles lejos de vos, era mucho más útil de lo que vos hacíais aquí deseando verme.

— No se debe ser cruel hasta tal punto, dijo su Excelencia, mitigado un poco por la esperanza de obtener noticias. Vamos, ¿qué se dice, qué se hace allá?

— La ausencia es un mal doloroso, sea que se la sufra en París ó bien en Versalles.

— He ahí una cosa que me encanta, y os doy las gracias; pero...

— ¿Pero qué?

— ¡Presentadme pruebas!

— ¡Dios mío! exclamó Juana, ¿qué estáis diciendo, monseñor? ¡Pruebas! ¿qué quiere decir esa palabra:

pruebas?... ¿Estáis en vuestro sano juicio, monseñor, para ir á pedir á una mujer pruebas de sus faltas?

— Condesa, yo no pido un documento para un proceso; lo que pido es una prenda de amor.

— Me parece que os vais haciendo muy exigente, si no muy olvidadizo, dijo Juana después de haber mirado á Su Excelencia de un modo particular.

— ¡Oh! sé lo que vais á decirme; sé que debiera darme por muy satisfecho, por muy honrado; pero medid mi corazón por el vuestro, condesa; ¿cómo aceptaríais el que así os dejasen á un lado después de haber tenido las apariencias del favor?

— ¿Creo que habéis dicho las apariencias?... replicó Juana con el mismo tono sarcástico.

— ¡Oh! cierto es que podéis abrumarme con impunidad, condesa; cierto es que nada me autoriza á quejarme; pero me quejo...

— Entonces, monseñor, no puedo ser responsable de vuestro descontento, si es que sólo se funda en causas trivolas, ó si es absolutamente infundado.

— Condesa, me estáis tratando mal.

— Monseñor, no hago más que repetir vuestras palabras. Yo sigo vuestra discusión.

— En vez de increparme mis locuras, inspiraos de vos; ayudadme, en vez de atormentarme.

— Yo no puedo ayudaros cuando no veo nada que hacer.

— ¿No veis nada que hacer? dijo el cardenal recalcando las palabras.

— Nada.

— Pues bien; señora, quizás no todos dicen lo mismo que vos, repuso M. de Rohán con vehemencia.

— ¡Ay de mí! monseñor, nos hemos enfadado ya, y no nos comprendemos. V. E. me permitirá se lo haga observar.

— ¡Enfadado! Sí... Vuestra mala voluntad me arrastra á ello, condesa.

— ¿Y no calculáis si obráis con injusticia?

— ¡Oh, no hay injusticia! Si no me servís ya, es porque no podéis obrar de otro modo; lo sé bien.

— Me juzgáis bien; pero entonces, ¿por qué acusarme?

— Porque debierais decirme toda la verdad, señora.

— ¡La verdad! Os he dicho lo que sé.

— Vos no me decís que la reina es una pérfida, que es una coqueta, que arrastra á los hombres á adorarla, y luego los desespera.

Juana le miró con aire de sorpresa.

— Explicaos, dijo temblando, no de miedo, sino de gozo.

En efecto, acababa de ver en los celos del cardenal una salida que quizás no le habrían proporcionado las circunstancias, para librarse de una posición tan espinosa.

— Confesadme, prosiguió el cardenal, sin contar ya con su pasión, confesadme, os suplico, que la reina no quiere verme.

— Yo no digo eso, monseñor.

— Confesadme que si ella no me desecha de su grado, como aun espero, me rechaza por no enojar á algún otro amante, que tal vez se habrá alarmado con mis frecuentes visitas.

— ¡Ah, monseñor!... exclamó Juana con un tono tan meloso que dejaba sospechar mucho más aun de lo que quería disfrazar.

— Escuchad, repuso M. de Rohán, la última vez que he

visto á S. M., me parece que he oído andar por entre los árboles.

— ¡Locura!

— Y voy á decir todo lo que sospecho.

— No digáis una palabra más, monseñor, pues ofendéis á la reina; y por otra parte, si fuera cierto que ella fuese bastante desgraciada para tener la vigilancia de un amante, que no lo creo, ¿seríais tan injusto que le imputaseis á un crimen el pasado que ella os sacrifica?

— ¡El pasado, el pasado! esa es una palabra pomposa, pero que no significa nada, condesa, si ese pasado es aún el presente y debe ser el futuro.

— ¡Quitad allá, monseñor! pues me estáis hablando como á un corredor á quien se acusa de haber procurado un mal negocio. Vuestras sospechas, monseñor, son tan injuriosas á la reina, que acaban por serlo también para mí.

— ¡Entonces, condesa, probadme!

— ¡Ah! monseñor, si repetís esa palabra, tomaré la injuria por mi cuenta.

— ¡En fin!... ¿me ama un poco?

— Pero hay un medio muy sencillo, monseñor, replicó Juana mostrando al cardenal su mesa y todo el recado de escribir. Sentaos ahí, y preguntádselo á ella misma.

El cardenal cogió con arrobamiento la mano de Juana, y dijo:

— ¿Y le entregaréis vos el billete?

— Si yo no se lo entregase, ¿quién se lo entregaría?

— ¿Y... me prometéis una respuesta?

— Si no tuvieseis respuesta, ¿cómo sabríais á qué athenos?

— ¡Oh! en buen hora. Así es como os amo, condesa.

— ¿No es verdad? dijo Juana con su sagaz sonrisa.

El cardenal se sentó al bufete, tomó la pluma y principió un billete; pero aunque tenía la pluma elocuente y la letra suelta, rasgó diez hojas antes de escribir uno á su gusto.

— Al paso que vais, dijo Juana, no acabaréis nunca.

— Es que... ya veis, condesa, tengo miedo á mi ternura, que desborda á pesar mío, y quizás fatigaría á la reina.

— ¡Ah! exclamó Juana con ironía; si le escribís como hombre político, ella os responderá con un billete de diplomática. Eso es cosa de vuestra incumbencia.

— Tenéis razón y talento. Mirad, condesa, ¿por qué hemos de ocultaros un secreto, cuando sabéis el nuestro? Juana sonrió y dijo:

— Lo cierto es que muy poco tenéis que ocultarme.

— Leed por encima de mi hombro, y, si podéis, leed tan pronto como yo escriba, porque mi corazón está ardiendo, y mi pluma va á devorar el papel.

En efecto escribió, y escribió una carta tan ardiente, tan loca, tan llena de amorosas reconvenciones y de protestas tan expuestas, que cuando acabó, Juana, que seguía su pensamiento hasta la firma, se dijo para sí:

— Acaba de escribir lo que yo no me habría atrevido á dictarle.

El cardenal leyó de nuevo el billete y dijo á Juana:

— ¿Está bien así?

— Si os ama, replicó la traidora, os verá mañana; ahora, manteneos tranquilo.

— Hasta mañana, sí.

— Yo no pido más, monseñor.

Juana tomó el billete sellado, se dejó besar en los ojos por monseñor, y se retiró á su casa al obscurecer.

Luego mudó de traje, se refrescó y se puso á meditar. La situación era tal como ella se la había prometido desde el principio.

Dos pasos más, y tocaba al fin propuesto.

¿Cuál de los dos convenía más escoger por escudo? ¿la reina ó el cardenal?

La carta del cardenal le ponía en la imposibilidad de acusar jamás á madama de La Motte, el día en que ésta le forzase á pagar las sumas debidas por el collar.

Admitiendo que el cardenal y la reina se viesen para entenderse, ¿cómo osarían perder á madama de La Motte, depositaria de un secreto tan escandaloso?

La reina no metería ruido, y creería en el odio del cardenal; el cardenal creería en la coquetería de la reina; pero el debate, si debate había, se haría á puertas cerradas, y madama de La Motte, solamente sospechosa, tomaría este pretexto para expatriarse, realizando la hermosa suma de millón y medio de francos.

El cardenal sabría perfectamente que Juana había cogido el collar, y la reina lo adivinaría también; pero ¿qué cuenta les tendría propalar un negocio tan estrechamente ligado con el del parque y los baños de Apolo?

Sólo que no era bastante una carta para establecer todo este sistema de defensa. El cardenal tenía buenas plumas, y aun volvería á escribir siete ú ocho veces.

En cuanto á la reina, ¿quién sabe si en ese mismo momento no estaba forjando con Charny armas para Juana de La Motte?

Tanto trastorno y tantos rodeos debían dar por resultado, á mal andar, una fuga, y Juana se preparaba ya á ella de antemano.

Primeramente el vencimiento del pago, denuncia de los joyeros. La reina se dirigía en derechura á M. de Rohán.

¿Cómo? por medio de Juana; esto era inevitable. Juana prevenía al cardenal, y le invitaba á pagar. Si se negaba á ello, le amenazaba con publicar sus cartas; el cardenal pagaba.

Hecho el pago, no había ya peligro. En cuanto al escándalo público, quedaba por zanjar la cuestión de intriga... Sobre este punto, satisfacción completa: el honor de una reina y de un gran príncipe era harto barato, comprado por millón y medio.

Juana creía estar segura de que le darían por él tres millones, cuando quisiese.

¿Y por qué estaba Juana segura de su triunfo en cuanto á la cuestión de intriga? Porque el cardenal tenía la convicción de haber visto tres noches consecutivas á la reina en el parque de Versalles (y ningún poder de este mundo probaría al cardenal que se había engañado); porque sólo había una prueba de la superchería, prueba viva, irrecusable, y esa prueba iba Juana á hacerla desaparecer del debate.

Cuando llegó á este punto de su meditación, se acercó á la ventana y vió á Oliva muy inquieta y curiosa en su balcón.

— Entre nosotras dos, pensó Juana saludando tiernamente á su cómplice.

La condesa hizo á Oliva la seña convenida para que bajase por la noche.

Oliva, muy gozosa así que recibió aquella comunicación oficial, se volvió á su cuarto, y Juana se entregó de nuevo á sus meditaciones.

Despedazar el instrumento cuando ya no puede servir, es lo que acostumbran hacer todas las personas intrigantes; sólo que la mayor parte de estas fracasan, ya despedazando el instrumento de una manera que le hacen exhalar un gemido que descubre el secreto, ó ya despedazándolo bastante incompletamente para que pueda servir á otros.

Juana pensó que Oliva, muy contenta con su vida, no se dejaría despedazar cual sería preciso sin lanzar una queja.

Era necesario forjar para ello una fábula que la decidiese á huir; y otra fábula que la permitiese huir muy gustosa.

Las dificultades surgían á cada paso; pero ciertos caracteres hallan tanto placer en allanar las dificultades como otros en hollar rosas.

Oliva, á pesar de lo muy prendada que estaba de la sociedad de su nueva amiga, sólo lo estaba relativamente; esto es, la hallaba deliciosa, entreviendo esa amiga á través de los vidrios de su cárcel. Pero la sincera Nicole no ocultaba á su amiga que habría preferido mucho más la luz del día, los paseos al sol, en fin, todas las realidades de la vida, que aquellos paseos nocturnos y aquella soberanía ficticia.

Las casi realidades de la vida eran Juana, sus caricias y su amistad; la verdadera realidad eran el dinero y Beau-sire.

Juana, que había estudiado á fondo esta teoría, se prometió aplicarla en la primera ocasión.

En resumen, dió por tema á su conversación con Nicole la necesidad de hacer desaparecer absolutamente la prueba de las criminales supercherías cometidas en el parque de Versalles.

Llegó la noche, y Oliva bajó. Juana la esperaba en la puerta.

Subiendo ambas por la calle de San Claudio hasta el boulevard desierto, fueron á tomar un coche que, para dejarlas hablar más cómodamente, iba al paso por el camino que conduce circularmente á Vincennes.

Nadie podía reconocerlas, pues Nicole iba bien disfrazada con un vestido sencillo y una ancha escofieta, y Juana vestida de griseta. Por otro lado, para verlas era preciso meter la cabeza dentro del coche, y solo la policía tenía este derecho. Nada había alarmado aún á la policía.

Además, aquel coche, en lugar de ser una carroza lisa, llevaba en sus tableros las armas de Valois, respetables centinelas cuya consigna no habría osado forzar la violencia de ningún agente.

Oliva comenzó por cubrir de besos á Juana, que se los devolvió con usura.

— ¡Oh, cuánto me he fastidiado! exclamó Oliva. Os buscaba, os invocaba sin cesar.

— Me ha sido imposible venir á veros, amiga mía, porque habría corrido y héchoos correr un peligro demasiado grande.

— ¿Cómo? dijo Nicole asustada.

— Un peligro terrible, querida amiga, y que aun me hace estremecer.

— ¡Oh, contádmelo luego!

— Sabéis que aquí llevabais una vida muy llena de fastidio.

— ¡Ay de mí! demasiado lo sé.

— Y que para distraeros; habéis deseado salir.

— Á lo que me habéis ayudado tan amistosamente.

— Sabéis también que yo os había hablado de ese oficial de la repostería real, algo loco, pero muy amable, que está enamorado de la reina, á quien os parecéis un poco.

— Sí, lo sé.

— Yo he tenido la debilidad de proponeros una broma inocente, que consistía en divertirnos á costa de ese pobre muchacho, en engañarle dejándole creer que la reina tenía un capricho por él.

— ¡Ay de mí! suspiró Oliva.

— No os recordaré los dos primeros paseos que dimos por la noche en el jardín de Versalles en compañía de aquel pobre joven.

Oliva volvió á suspirar.

— De esas noches en que habéis hecho tan bien vuestro papel, que nuestro amante ha tomado la cosa seriamente.

— Quizás hacíamos mal, dijo Oliva muy quedo; porque, en efecto, nosotras le engañábamos, y él no lo merece, pues es un caballero muy encantador.

— ¿No es verdad?

— ¡Oh! sí.

— Pero aguardad; el mal no está en eso, pues el haberle dado una rosa, haberos dejado llamar Majestad, haber dado vuestras manos á besar, no son más que pequeñas travesuras... pero... querida Oliva, parece que no ha sido eso sólo.

Oliva se ruborizó tanto que, á no ser por lo muy oscura que estaba la noche, forzosamente lo hubiera notado Juana. Verdad es que como mujer de talento miraba al camino y no á su compañera.

— ¡Cómo!... balbuceó Nicole, ¿Por qué... no ha sido eso sólo?

— Porque ha habido una tercer entrevista, dijo Juana.

— Sí, respondió Oliva vacilando; vos lo sabéis, puesto que estabais en ella.

— Perdonad, querida amiga, yo estaba como siempre á distancia, acechando ó aparentando acechar para dar un aire de verdad á vuestro papel; de consiguiente no he visto ni oído lo que ha pasado en aquella gruta, y no sé más que lo que vos me habéis contado. Vos me habéis dicho, al volver, que os habíais paseado, que las rosas y las manos besadas habían continuado su juego, y yo, querida mía, creo todo lo que me dicen.

— ¡Pues bien!... pero... dijo Oliva temblando.

— Pues bien, amable amiga, parece que nuestro loco dice más de lo que la fingida reina le ha acordado.

— ¿Cómo?

— Parece que embriagado, aturdido, loco de amor se ha jactado de haber obtenido de la reina una prueba irrecusable de ser correspondido. Ese pobre diablo está loco, á no dudarlo.

— ¡Dios mío, Dios mío! murmuró Oliva.

— Está loco, primero porque miente, ¿no es verdad? dijo Juana.

— Ciertamente... balbuceó Oliva.

— Vos, querida mía, no habríais querido exponeros á un peligro tan terrible, sin decírmelo.

Oliva se estremeció de pies á cabeza.

— ¿Qué apariencia, prosiguió la terrible amiga, de que vos que amáis á Beausire, y me tenéis por compañera, de que vos que sois cortejada por el conde de Cagliostro, y rehusáis sus obsequios, hayáis ido por capricho á dar á ese loco el derecho de... decir?... No, ha perdido la cabeza, no me desdigo.

— En fin, exclamó Nicote, ¿qué peligro?... ¡Veamos!

— He aquí el peligro: Tenemos que habérnoslas con un loco, es decir, con un hombre que nada teme ni respeta. Mientras no se trataba más que de una rosa regalada, de una mano besada, nada había que decir; pues una reina tiene rosas en su jardín, y tiene manos á disposición de todos sus súbditos; pero si fuese cierto que en la tercer entrevista... ¡Ah! querida hija mía, desde que me asedia esta idea, no tengo humor para reirme.

Oliva sintió apretarse sus dientes de miedo.

— ¿Que sucederá, pues, mi buena amiga? preguntó.

— Sucederá, primero que vos no sois la reina, al menos que yo sepa.

— No.

— Y que, habiendo usurpado la cualidad de S. M., para cometer una... ligereza de esa clase...

— ¿Y bien?

— Y bien; eso se llama delito de lesa Majestad. Con esta palabra se lleva á las gentes muy lejos.

Oliva se tapó la cara con las manos.

— Al cabo, prosiguió Juana, como no habéis hecho eso de que él se jacta, con probarlo quedaréis absuelta. Las dos ligerezas precedentes serán castigadas con dos ó cuatro años de cárcel ó destierro.

— ¡Cárcel, destierro! exclamó Oliva despavorida.

— No es irreparable; pero, con todo, yo voy á tomar mis precauciones y ponerme á salvo.

— ¿Conque también vos estáis inquieta?

— ¡Pardiez! ¿Por ventura no me denunciará en seguida ese insensato? ¡Ah! mi pobre Oliva, ha sido una broma que va á costarnos muy cara.

Oliva prorrumpió en amargo llanto, exclamando:

— ¡Y yo! ¡y yo, que nunca puedo estar un momento tranquila! ¡Oh, espíritu rabioso!... ¡Demonio!... ¡ya veis, estoy poseída! Después de esta desgracia, iré á buscar aún otra.

— No os desesperéis; lo que debéis hacer es tratar de evitar el escándalo.

— ¡Oh, cómo voy á encerrarme en casa de mi protector!...

¿Si se le confesase todo?...

— ¡Linda idea!... Un hombre que os está criando á la mano ocultándoos su amor; un hombre que sólo aguarda una palabra vuestra para adoraros, ¡ir á decirle que habéis cometido esa imprudencia con otro!.. Notad bien que digo imprudencia; sin contar lo que él sospechará.

— ¡Dios mío!... Tenéis razón.

— Aun hay más: el rumor de eso va á propagarse y las pesquisas de los magistrados despertarán los escrúpulos de vuestro protector. ¿Quién sabe si, para ponerse bien con la corte, no os entregará á la justicia?

— ¡Oh!

— Admitamos que no haga más que echaros de su casa pura y simplemente, ¿qué sería de vos?

— Sé que quedo perdida.

— Y Beausire, cuando sepa esto... dijo lentamente Juana, estudiando el efecto de este último golpe.

Oliva dió un repulso, y de un golpe violento deshizo todo el edificio de su peinado.

— Me matará... ¡Oh! no, murmuró, me mataré yo misma.

Luego, volviéndose hacia Juana, añadió con desesperación:

— ¡Vos no podéis salvarme, puesto que estáis también perdida!

— Tengo en el interior de la Picardía, replicó Juana, un palmito de tierra, una quinta... Si se pudiese llegar sin ser visto á aquel refugio antes que se propagase la cosa, ¡tal vez quedaría una probabilidad de salvarse!

— Pero ese loco os conoce, y no dejará de hallaros.

— ¡Oh! una vez hubieseis marchado vos, estando oculta y no pudiendo ser descubierta, no temería ya á ese loco; le diría en voz alta: Sois un insensato en jactaros de semejantes cosas, probadlas (lo que sería imposible); y luego en voz baja le diría: ¡Sois un villano!

— Me marcharé cuando y como queráis, dijo Oliva.

— Yo creo que es un partido muy prudente, repuso Juana.

— ¿Debo partir en este momento?

— No, aguardad que yo haya preparado todas las cosas para el buen éxito. Ocultaos, y no os mostréis á nadie, ni aun á mí. Hasta debéis disfrazaros para mirar desde vuestra azotea.

— Sí, sí, contad conmigo, mi querida amiga.

— Y para principiar volvamos á casa; pues no tenemos ya nada que decirnos.

— Volvamos. ¿Cuánto tiempo necesitáis para vuestros preparativos?

— No sé; pero debo advertiros una cosa: desde este momento hasta el día de vuestra marcha, no me asomaré al balcón. Si me veis en él, contad con que será el día mismo de la marcha, y estad pronta.

— Bien está; ¡gracias, mi buena amiga!

Volvieron lentamente hacia la calle de San Claudio, Oliva sin atreverse ya á hablar á Juana, y ésta reflexionando con demasiada intensidad para hablar á Oliva.

Cuando llegaron á casa, se abrazaron, y Oliva pidió humildemente perdón á su amiga por todas las desgracias que le había causado con su andramiento.

— Yo soy mujer, replicó madama de La Motte parodiando al poeta latino, y conozco todas las debilidades de mujer.

CAPÍTULO XX.

LA FUGA.

Oliva cumplió su promesa.

Juana cumplió también la suya.

Desde la mañana siguiente, Nicole había ocultado completamente su existencia á todo el mundo, y nadie podía sospechar que habitaba la casa y la calle de San Claudio, pues se abrigaba siempre tras de una cortina ó de un biombo, tapando bien el balcón, en despecho de los rayos del sol que lo bañaban alegremente.

Juana que, por su parte, hacía todos los preparativos necesarios, sabiendo que el día siguiente vencía el plazo del primer pago de quinientas mil libras, se arreglaba para no dejar tras de ella ningún sitio vulnerable para el momento en que estallase la bomba.

Este terrible momento era el último blanco de sus observaciones.

Había calculado sabiamente la alternativa de una fuga, que era fácil, pero esa fuga era la acusación más positiva.

Quedar inmóvil como el dueñista bajo el golpe de su adversario, quedar con la posibilidad de caer, però también con la de matar á su enemigo : tal fué la determinación de la condesa.

He aquí la razón porque el día siguiente á su entrevista con Oliva, se asomó á eso de las dos al balcón, para indicar á la fingida reina que era tiempo de prepararse por la noche á largarse.

Decir la alegría, pintar el terror de Oliva, sería imposible. Necesidad de huir, quería decir peligro ; posibilidad de huir, significaba salvación.

Envió un beso elocuente á Juana, luego hizo sus preparativos metiendo en un paquetito algunos efectos preciosos de su protector.

Juana, después de su señal, desapareció de casa para ocuparse en buscar la carroza á que debía confiar el caro destino de Nicole.

Y á esto se redujo todo lo que el más curioso observador habría podido descifrar entre los indicios ordinariamente significativos de la inteligencia de las dos amigas.

Cortinas corridas, balcón cerrado, luz tardíamente errante... y luego algún roce de vestidos, algunos rumores misteriosos, algunos trastornos, á los que sucedieron las tinieblas y el silencio.

Las once de la noche daban en San Pablo, y el viento del río llevó hasta la calle de San Claudio las campanadas lúgubramente compasadas, cuando Juana llegó á la calle de San Luis con una silla de posta tirada por tres vigorosos caballos.

Sobre el pescante de aquella silla, un hombre embozado en una capa indicaba las señas de la casa al postillón.

Juana tiró de la punta de la capa de aquel hombre, y le mandó parar en la esquina de la calle del Rey dorado.

El hombre fué á hablar con Juana.

— Que se quede aquí la silla, querido M. Reteau, dijo la condesa, bastará media hora; yo traeré una persona que montará y á quien haréis conducir, pagando dobles agujetas, á mi casita de Amiens.

— Bien está, señora condesa.

— Llegando allí, entregaréis dicha persona á mi casero Fontaine, que sabe ya lo que tiene que hacer.

— Bien, señora condesa.

— ¡ Ah! se me olvidaba... ¿ traéis armas, querido Reteau?

— Sí, señora.

— Esa señora está amenazada por un loco... y quizás intenten detenerla en el camino...

— Entonces ¿ qué debo hacer?

— Haréis fuego contra cualquiera que trate de impedir vuestra marcha.

— Bien está, señora.

— Me habéis pedido veinte luses de gratificación por lo que sabéis; daré ciento y pagaré el viaje que vais á hacer á Londres, donde me aguardaréis antes de tres meses.

— Bien está, señora.

— Ved aquí los cien luses. Sin duda no volveré á veros, porque es prudente que paséis al punto á San Valerio y os embarquéis inmediatamente para Inglaterra.

— Contad conmigo.

— Es por vuestro interés.

— Es por el nuestro, dijo M. Reteau besando la mano de la condesa; conque así, quedo aguardando.

— Y yo voy á despachar la dama.

Reteau entró en la silla de posta en lugar de Juana, que corrió ligera á la calle de San Claudio y subió á su casa.

En ese momento todos dormían en aquel inocente barrio. Juana encendió ella misma la bujía que, levantada encima del balcón, debía servir de señal á Oliva para bajar.

— Es muchacha de precaución, se dijo Juana viendo el balcón sombrío.

Juana levantó y bajó tres veces su bujía.

Nada. Pero le pareció oír como un suspiro ó un sí lanzado en el aire imperceptiblemente, bajo el follaje del balcón.

— Bajaré sin encender luz, se dijo Juana; eso no es un mal.

Y bajó ella misma á la calle.

La puerta no se abría. Sin duda Oliva estaba detenida por algunos paquetes pesados é incómodos.

— ¡ Qué tonta! dijo la condesa impacientándose. ¡ Cuánto tiempo perdido por algunos malos trapos!

Nadie llegaba. Juana se fué hasta la puerta de enfrente.

Nada. Juana escuchó aplicando el oído á los clavos de ancha cabeza.

Un cuarto de hora pasó así; dieron las once y media.

Juana se apartó hasta el boulevard para ver desde lejos si se iluminaban los balcones. Entonces le pareció ver pasearse una suave claridad por entre los huecos del follaje bajo las dobles cortinas.

— ¡ Qué estará haciendo, Dios mío! ¡ Miserable!.. Puede que no haya visto la señal... Veamos, ¡ ánimo! volvamos á subir.

Y en efecto, subió de nuevo á su casa para hacer jugar otra vez el telégrafo de sus bujías.

Ninguna señal respondió.

— Preciso es que esa pícara esté enferma y no pueda moverse, se dijo Juana estrujando con rabia los puños de sus mangas. ¡ Oh ! ¿ pero qué importa ? Viva ó muerta ha de partir esta noche.

Dicho esto, volvió á bajar la escalera con la precipitación de una leona acosada, llevando en la mano la llave que tantas veces había proporcionado á Oliva la libertad nocturna.

En el momento de deslizar aquella llave en la cerradura del hotel, se detuvo.

— ¡ Si hubiese arriba alguno con ella !.. pensó.

— ¡ Imposible !.. oíré yo las voces y tendré tiempo de bajar.. ¡ Si encontrase á alguno en la escalera ! ¡ Oh !

Y estuvo para retroceder en vista de esta suposición peligrosa.

El ruido de sus caballos que manoteaban el empedrado la decidió.

— ¡ Sin peligro, no hay nada grande ! ¡ Con audacia, no hay peligro ! exclamó.

Hizo retirarse el pestillo de la pesada cerradura, y se abrió la puerta.

Juana conocía las localidades; su inteligencia se las habría revelado aun cuando no se hubiese enterado de ellas todas las noches que aguardaba á Oliva. La escalera estaba á mano izquierda, y Juana se lanzó á ella.

Ningún ruido, ninguna luz, no había nadie.

Llegó de ese modo al descanso del aposento de Nicole.

Allí, por debajo de la puerta, se veía la raya luminosa ; allí, detrás de aquella puerta, se oía el ruido de pasos agitados.

Juana jadeante, aunque conteniendo la respiración, se puso á escuchar : no hablaban... De consiguiente Oliva estaba sola, andaba por el cuarto, estaba arreglando alguna cosa. Así, pues, no estaba enferma, y sólo se trataba de un retardo.

Juana arañó suavemente la puerta diciendo :

— ¡ Oliva, Oliva ! ¡ amiga, querida amiga !

Acercáronse los pasos sobre la alfombra.

— ¡ Abrid, abrid ! dijo Juana con precipitación.

Abrióse la puerta, y un raudal de luz inundó á Juana, que se halló en presencia de un hombre que traía en la mano un hachón con tres mechas. La condesa lanzó un grito terrible tapándose la cara.

— ¡ Oliva ! dijo aquel hombre, ¿ no sois vos Oliva ?

Y levantó suavemente el velo de la condesa.

— ¡ La condesa de La Motte ! exclamó el hombre á su vez, con un acento de sorpresa muy natural.

— ¡ M. de Cagliostro ! murmuró Juana tambaleando y próxima á desmayarse.

Entre todos los peligros que Juana había podido suponer, jamás se había presentado éste á su imaginación, y si bien por de pronto no se le presentaba muy espantoso, con todo, reflexionando un poco, observando el aire sombrío y el profundo disimulo de aquel hombre extraño, el peligro podía ser espantoso.

Juana estuvo á punto de perder la cabeza, retrocedió, y estuvo tentada á arrojarse desde lo alto de la escalera.

Cagliostro le tendió cortésmente la mano invitándola á sentarse.

— ¿ Á qué debo el honor de vuestra visita, señora ? dijo con voz tranquila.

— Caballero, balbuceó la condesa sin poder separar sus ojos de los del conde, venfa.. buscaba..

— Permitid que llame, señora, para hacer castigar á aquellos de mis criados que han tenido la torpeza, la grosería de dejar presentarse sola una señora de vuestro rango.

Juana tembló, y detuvo la mano del conde.

— Preciso es, prosiguió éste, que hayáis tropezado con ese tuno de alemán que es mi suizo y acostumbra emborracharse. Sin duda no os ha conocido, ha abierto la puerta sin decir ni hacer nada, y después de abrir se habrá dormido.

— Os suplico que no le riñáis, caballero, dijo con más libertad Juana, que no sospechó el lazo que le tendían.

— Él es quien os ha abierto, ¿ no es verdad, señora ?

— Creo que sí... Pero vos me habéis prometido no regañarle.

— Cumpliré mi palabra, dijo el conde sonriendo ; sólo que os ruego, señora, tengáis á bien explicarme...

Y una vez facilitada esta escapatoria, Juana, que creía no sospechaba fuese ella misma quien había abierto la puerta, podía mentir sobre el objeto de su visita, como lo hizo diciendo con prontitud :

— Venía á consultaros, señor conde, sobre ciertos rumores que corren.

— ¿ Qué rumores, señora ?

— Os ruego que no me apuréis, dijo Juana haciendo arrumacós ; mi paso es delicado.

— ¡ Busca, busca ! dijo para sí Cagliostro ; ¡ que yo ya he hallado !

— Vos sois amigo de Su Eminencia el cardenal de Rohán, dijo Juana.

— ¡ Ah, ah ! no lo haces mal, pensó Cagliostro. Vé hasta la punta del hilo que yo tengo en la mano, pero te prohibo ir más lejos. Luego dijo en voz alta :

— En efecto, señora, estoy bastante bien con su Eminencia.

— Y venía, prosiguió Juana, á pedirnos noticias sobre...

— ¿ Sobre ? repitió Cagliostro con un asomo de ironía.

— Os he dicho que mi posición es delicada, caballero, y así no abuséis de ella. No debéis ignorar que M. de Rohán me profesa algún afecto, y yo querría saber hasta qué punto puedo contar... En fin, caballero, se dice que vos leéis en las más densas tinieblas de las almas y los corazones.

— Os pido que habléis con algo más de claridad, dijo el conde, para que sepa leer mejor en las tinieblas de vuestra alma y de vuestro corazón.

— Caballero, dicen que Su Eminencia ama en otra parte ; que ama en alto lugar... Hasta dicen...

Al llegar aquí, Cagliostro echó una mirada penetrante á Juana, que estuvo á punto de desmayarse.

— Señora, dijo, leo efectivamente en las tinieblas ; pero para leer bien necesito que me ayuden. Dignaos responder á estas preguntas :

— ¿ Cómo habéis venido á buscarme aquí ? pues no es ésta mi residencia.

Juana se estremeció.

— Y si no soy yo el que veníais á buscar, ¿ á quién buscáis ?

¿ No me respondéis ? dijo á la condesa que estaba temblando. Voy pues á auxiliar vuestra inteligencia.

Vos habéis entrado con una llave que siento ahí en vuestro bolsillo.

Venís á buscar aquí una joven que yo ocultaba en mi casa por pura bondad.

Juana tambaleó como un árbol desarraigado.

— Y... aun cuando así fuese, dijo en voz baja, ¿qué crimen habría yo cometido? ¿No es permitido á una mujer venir á ver á otra? Llamada, y ella os dirá si nuestra amistad tiene algo de reprehensible.

— Señora, interrumpió Cagliostro, me decís eso, porque sabéis bien que ya no está aquí.

— ¡No está ya aquí!.. exclamó Juana espantada. ¿Oliva no está ya aquí?

— ¡Oh! exclamó Cagliostro, ¿acaso ignoráis que ha partido, vos que habéis protegido su rapto?

— ¡Su rapto, yo, yo! exclamó Juana recobrando espe- ranza. La han arrebatado, ¿y vos me acusáis?

— Yo hago más que acusaros, os convenzo, respondió Cagliostro.

— ¡Probadlo! dijo impudentemente la condesa.

Cagliostro tomó un papel sobre una mesa y se lo mostró.

« Señor y generoso protector, decía el billete dirigido á Cagliostro, perdonadme que os deje; pero ante todo yo amaba á M. de Beausire; él viene, me lleva, yo le sigo. Adiós. Recibid la expresión de mi gratitud.

— ¡Beausire!.. dijo Juana petrificada. ¡Beausire! ¡El que no sabía la residencia de Oliva!

— Sí la sabía, señora, replicó Cagliostro mostrándole un segundo papel que sacó de su bolsillo. Mirad, he recogido este papel en la escalera al venir á hacer mi visita

cotidiana. Este papel había caído sin duda del bolsillo de M. de Beausire.

La condesa leyó temblando:

« M. de Beausire hallará á Mlle Oliva en la calle de San Claudio, esquina del boulevard. La hallará y se la llevará inmediatamente. Quien se lo aconseja es una amiga muy sincera. Es tiempo. »

— ¡Oh! exclamó la condesa estrujando el papel.

— Y se la ha llevado, dijo con frialdad Cagliostro.

— Pero ¿quién ha escrito este billete? dijo Juana.

— Vos, al parecer, vos que sois la amiga sincera de Oliva.

— Pero ¿cómo ha entrado él aquí? exclamó Juana mirando con rabia á su impasible interlocutor.

— ¿Por ventura no se entra aquí con vuestra llave? dijo Cagliostro á Juana.

— Pero supuesto que tengo yo la llave, M. de Beausire no la tenía.

— Cuando se tiene una llave, se puede tener dos, replicó Cagliostro mirándola á la cara.

— Vos tenéis ahí piezas convincentes, respondió lentamente la condesa, mientras que yo sólo tengo sospechas.

— ¡Oh! también yo las tengo, y tan fundadas como las vuestras, señora, dijo Cagliostro.

Y dichas estas palabras, la despidió con un ademán imperceptible.

Juana tomó la escalera; pero á lo largo de aquella escalera desierta y sombría que había subido, halló veinte bujías y veinte criados colocados de trecho en trecho, delante de los cuales Cagliostro la llamó.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1925 MONTERREY, MEXICO

por diez veces en alta voz: Señora condesa de La Motte.

La condesa salió respirando furor y venganza como el basilisco respira fuego y veneno.

CAPÍTULO XXI.

LA CARTA Y EL RECIBO.

La mañana siguiente á ese día era el último término fijado por la misma reina á los joyeros Bøhmer y Bossange.

Como la misiva de S. M. les recomendaba la circunspección, aguardaron que les llegasen los quinientos mil francos.

Y como en todos los comerciantes, por ricos que sean, el cobro de quinientas mil libras es un negocio grave, los dos socios prepararon un recibo de la más gallarda letra de casa.

El recibo fué inútil, porque nadie se presentó con los quinientos mil francos.

Los joyeros pasaron una noche muy cruel esperando un mensajero casi inverosímil. Sin embargo la reina tenía ideas extraordinarias: necesitaba ocultarse: su correo no llegaría quizás hasta después de media noche.

El alba del día siguiente desengañó á Bøehmer y Bossange de sus quimeras. Bossange tomó su resolución y se dirigió á Versalles en una carroza en que su socio quedó aguardándole, pidió se le introdujese á presencia de la reina, y se le respondió que no entraría, en atención á que no tenía papeleta de audiencia.

Pasmado é inquieto, insistió por entrar, y como sabía con qué gente tenía que habérselas, y había tenido el talento de colocar acá y allá en las antecámaras algunos diamantes de desecho, le protegieron para ponerle al paso de S. M. cuando volviése de pasearse por Triánón.

En efecto, María Antonieta, estremeciéndose aún de aquella entrevista con Charny en que se había declarado amante, volvía con el corazón henchido de gozo y la cara radiante cuando percibió la figura un poco contrita y muy respetuosa de Bøehmer.

La reina le dirigió una sonrisa que él interpretó del modo más favorable, por lo que se aventuró á pedirle un momento de audiencia que S. M. le acordó para las dos, esto es, para después de comer. Bøehmer fué á llevar esta excelente noticia á Bossange, que estaba aguardando en el coche, pues padecía una fluxión, y no había querido mostrar á la reina una cara chocante.

— No cabe la menor duda, se dijeron comentando los más insignificantes gestos, las más leves palabras de María Antonieta, que S. M. tiene en su gaveta la suma que no ha podido tener ayer; y ha señalado las dos, porque á esa hora estará sola.

Y se preguntaron, como los compañeros de la fábula, si se llevarían la suma en billetes, en oro ó plata.

Dieron las dos, el joyero se halló en su puesto, y se le introdujo en el retrete de S. M.

— ¿Qué es lo que traéis aún, Bøehmer? dijo la reina así que lo percibió de lejos. ¿Venís acaso á hablarme de diamantes? Ya sabéis que tenéis mala suerte conmigo.

Bøehmer creyó que había por allí alguno oculto, y que la reina tenía miedo de que la oyesen; de consiguiente tomó un aire de inteligencia para responder, mirando en torno de sí:

— Sí, señora.

— ¿Qué es lo que miráis? dijo la reina sorprendida. Tenéis que confiarme algún secreto, ¿eh?

Bøehmer, un poco sofocado por este disimulo, no respondió nada.

— El mismo secreto que la otra vez, prosiguió la reina; ¿alguna alhaja que vender, alguna joya incomparable?... ¡Oh! no os asustéis así, que no hay nadie escuchando.

— Entonces... murmuró Bøehmer.

— Y bien; entonces, ¿qué?

— Entonces, puedo decir á V. M....

— Pero decidlo pronto, querido Bøehmer.

El joyero se aproximó con una amable sonrisa.

— Puedo decir á S. M. que la reina nos ha olvidado ayer, dijo mostrándole sus dientes un poco amarillos, pero muy benévolos.

— ¡Olvidado! ¿en qué? dijo la reina sorprendida.

— En que ayer era el plazo...

— ¡El plazo!.. ¿qué plazo?

— ¡Oh! perdone V. M. si me tomo la libertad de... Bien sé que cometo una indiscreción. Tal vez la reina no se halla preparada. Eso sería una grande desgracia; pero en fin...

— ¡ Calla ! ¡ No comprendo una sola palabra de cuanto estáis diciendo ! exclamó la reina. Explicaos, querido Bøhmer.

— Es que V. M. ha olvidado... y es muy natural en medio de tantas ocupaciones.

— ¿ Olvidado qué ? vuelvo á repetir.

— Que ayer vencía el primer pago del collar, dijo Bøhmer con timidez.

— ¿ Conque habéis vendido vuestro collar ? preguntó la reina.

— Pero... respondió Bøhmer mirándola estupefacto ; me parece que sí.

— Y los compradores no os le han pagado, mi pobre Bøhmer ; tanto peor. Preciso es que esos señores hagan como yo ; que no pudiendo pagar el collar os dejen las sumas dadas á cuenta.

— ¿ Cómo, cómo ?.. balbuceó el joyero tambaleando como el viajero imprudente que recibe en la cabeza una insolación de España. ¿ Qué es lo que V. M. me hace el honor de decirme ?

— Digo, mi pobre Bøhmer, que si diez compradores os devuelven vuestro collar como yo os lo he devuelto dejándoos doscientos mil francos de adehalas, eso os hará dos millones, además del collar.

— ¿ V. M... exclamó Bøhmer bañado en sudor, me dice verdaderamente que me ha devuelto el collar ?

— Ciertamente que lo digo, replicó la reina con calma. ¿ Qué tenéis que decir ?

— ¡ Cómo ! repuso el joyero. ¿ V. M. niega haberme comprado el collar ?

— ¡ Vamos ! ¿ qué comedia es esta ? dijo con severidad

la reina. ¿ Acaso este maldito collar está destinado eternamente á hacer que alguno pierda la cabeza ?

— Pero, replicó Bøhmer temblando de pies á cabeza, es que me parecía haber oído de la misma boca de V. M... que me había devuelto... V. M. ha dicho devuelto el collar de diamantes.

La reina miró á Bøhmer cruzando los brazos.

— Afortunadamente, dijo, tengo aquí con que refrescara la memoria, porque sois un hombre muy olvidadizo, señor Bøhmer, por no decir otra cosa peor.

Y se fué en'derechura á un escritorio, sacó de una gaveta un papel que desdobló y recorrió con la vista, y luego lo alargó lentamente al desventurado Bøhmer.

— Me parece que el estilo es bastante claro, dijo, y se sentó para mirar mejor al joyero mientras leía.

La cara de éste expresó primero la más completa incredulidad, y luego, por grados, el más terrible espanto.

— ¡ Y bien ! dijo la reina ; vos reconocéis este recibo que atestigua en debida forma que habéis recogido vuestro collar ; y á menos que hayáis olvidado también que os llamáis Bøhmer...

— Pero, señora, replicó Bøhmer ahogado por la rabia y el espanto á la vez, ¡ no soy yo el que ha firmado este recibo !

La reina se retiró confundiendo á aquel hombre con sus ojos inflamados, y dijo :

— ¡ Vos negáis !

— Absolutamente... Aun cuando debiese dejar aquí mi libertad y hasta mi vida, digo jamás he recibido el collar ; que nunca he firmado este recibo. Aunque estuviese aquí

el patíbulo y allí el verdugo, repetiría: No, señora; este recibo no es mío.

— Según eso, dijo la reina poniéndose ligeramente pálida, ¿yo os he robado? ¿yo tengo vuestro collar?

Bœhmer registró en su cartera y sacó un billete que alargó á su vez á la reina, diciendo con una voz respetuosa, pero alterada por la emoción:

— No creo, señora, que si Vuestra Majestad hubiese querido devolverme el collar, habría escrito este reconocimiento.

— Pero ¿qué viene á ser este papelucho? exclamó la reina. ¡Yo no he escrito jamás esto! ¿Por ventura es esta mi letra?

— Está firmada, dijo Bœhmer pulverizado.

— *María Antonieta de Francia...* ¡Estáis loco! ¿Por ventura soy yo *de Francia*? ¿No soy archiduquesa de Austria? ¿No es absurdo que yo haya escrito esto? ¡Vamos, vamos, Bœhmer! el lazo es demasiado grosero; deídsele á vuestros falsarios.

— ¡Á mis falsarios!.. baluceó el joyero que estuvo á punto de desmayarse al oír estas palabras. ¿V. M. sospecha de mí, de Bœhmer?

— Vos no dejáis tampoco de sospechar de mí, de María Antonieta, repuso la reina con altivez.

— ¡Pero esa carta! objetó el joyero designando el papel que la reina tenía en su mano.

— ¡Y ese recibo! replicó la reina mostrándole el papel que Bœhmer no había soltado.

Bœhmer tuvo que sentarse en un sillón, pues el piso hacía un remolino bajo sus pies; aspiraba el aire con

sofoecación, y el color purpúreo de la apoplejía reemplazó la lívida palidez del desfallecimiento.

— Devolvedme mi recibo, dijo la reina, pues yo lo tengo por bueno, y recoged vuestra carta firmada *Antonieta de Francia*: cualquier procurador á quien preguntéis os dirá el valor que tiene.

Y arrojándole el billete, después de arrancarle el recibo de las manos, le volvió la espalda y entró en una pieza contigua, abandonando á sí solo al desdichado que no tenía ya una idea, y que, contra toda etiqueta, se dejó caer en un sillón.

Sin embargo, al cabo de algunos minutos que sirvieron para reponerle, se lanzó aturdido fuera del aposento, y fué á unirse á Bossange, á quien contó la aventura de una manera que le hizo concebir grandes sospechas de su socio.

Pero repitió tan bien y tantas veces su lance, que Bossange principió por arrancarse su peluca, mientras Bœhmer se mesaba sus cabellos, lo cual formó para los que pasaban y miraban dentro del carruaje el espectáculo más doloroso y más cómico á la vez.

Sin embargo, como no se puede pasar un día entero dentro de un coche; como después de arrancarse la peluca ó el cabello, halla uno su cráneo, bajo el cráneo están ó deben estar las ideas, los dos joyeros hallaron la de reunirse para forzar, si posible era, la puerta de la reina, y obtener algo que se pareciese á una explicación.

De consiguiente se encaminaban hacia el palacio en un estado que daba compasión, cuando se encontraron con un oficial de la reina que venía á llamar al uno ó al otro.